

El socialismo y la cuestión nacional

La hipótesis de Justo

José Aricó

El texto que a continuación se transcribe ha sido tomado de un manuscrito que Aricó concluyó en la ciudad de México en agosto de 1980 y al que tituló *La hipótesis de Justo*. Sobre este escrito volvió a trabajar posteriormente, dejando una serie de indicaciones al respecto que será necesario revisar para obtener una última versión de una investigación que sin duda Pancho valoraba altamente. Hasta ello ocurra, ahora publicamos un fragmento de dicho estudio. Puesto que el comienzo y el final del mismo habían sido seleccionados por el propio autor para su publicación en la revista *Espacios* hemos preferido dar a conocer otro paisaje de aquel manuscrito que además, por su extensión, se adecua a las características de este *dossier*.

La elevada magnitud del flujo migratorio y la estrecha relación de tiempo y de lugar que puede establecerse entre dicho fenómeno y el nacimiento y desarrollo de formaciones socialistas en América Latina contribuyeron decisivamente a que se difundiera una concepción unilateral del carácter contradictorio y nacionalmente diferenciado de todo el proceso. Se tendió a confundir dos elementos distintos como son el papel excepcional desempeñado por los inmigrantes europeos como portadores de una conciencia socialista adquirida en sus países de origen, con un peso real en la formación y el desarrollo del movimiento mismo. De tal modo, la historia del socialismo en Latinoamérica fue interpretada como un fenómeno «externo», ajeno en última instancia a la originalidad de una realidad supuestamente impermeable a las determinaciones de clase. Al identificar la emergencia del movimiento socialista con la situación particular de una masa humana a la que dolorosas vicisitudes políticas, sociales y económicas despojaron del conjunto de determinaciones específicas que las vinculaban a una nación o sociedad dada, todo proceso de «nacionalización» de esas masas debía terminar siendo, inevitablemente, un proceso de superación de ese socialismo primigenio. Si Europa era el continente clásico del capitalismo y de su contradictor histórico, el socialismo, América, ese «continente del porvenir» con el que soñó el romanticismo europeo, no parecía dejar espacio alguno para la sostenida reiteración de aquella experiencia. A partir de tal concepción, la historia del socialismo latinoamericano quedaba reducida a una suerte de «anti-historia», de interregno destinado inexorablemente a disolverse en el proceso mismo de integración de las masas populares en los sistemas políticos nacionales.'

De más está decir que una idea semejante tiene en su favor la aparente fuerza de los hechos, porque a diferencia de lo ocurrido en Europa, resulta imposible—quizás con la sola excepción de Chile—encontrar en América Latina la presencia constante, prolongada en la historia, de movimientos obreros y socialistas con características similares o aproximadas a los europeos. El carácter problemático, y relativamente atípico, que asumió en América la relación entre movimiento social y organización socialista fue resuelto en el plano de la teoría de una manera negativa, y en última instancia simplista. Aquello que históricamente no pudo existir como tal no puede reclamar la legitimidad de una existencia futura; la debilidad histórica del socialismo latinoamericano no es en sí misma una evidencia irrefutable de su insuperable condición de fenómeno externo a la singularidad continental. Arrinconado en el desván de la historia, el socialismo no forma parte de nuestra realidad, no aparece como una de sus expresiones originarias ni puede dar cuentas aun parcialmente, de la experiencia de un siglo de luchas sociales latinoamericanas. Reducido a la condición de mera faceta, un tanto folklórica, del romanticismo social cuarentiochesco y colocado en la situación de elemento externo al proceso histórico de constitución del movimiento obrero latinoamericano, el movimiento socialista como tal no tuvo ni puede tener entre nosotros una historia sustantiva, propia, que deba necesariamente ser reconstruida como parte insoslayable de la

historia de los trabajadores. No para convalidar un presente, signado por el distanciamiento de movimiento obrero y socialismo, sino para delimitar un campo problemático que requiere nuevas propuestas teóricas y políticas. En síntesis, para ciertas corrientes historiográficas vinculadas más o menos directamente a la extrema dilatación en nuestro continente de fenómenos políticos de corte populistas, el socialismo fue, en realidad, sólo un mero cuerpo catalítico, uno de esos elementos de los que se sirve la historia para precipitar los procesos sociales y que acaban agotándose en los mismos: estuvo presente en un momento particular de la vida de las clases subalternas, contribuyó en cierta medida a conformar una visión del mundo que mostró ser impotente para trastocar una realidad y una teoría constituida desde la perspectiva y las necesidades propias de las clases dominantes.

Frente a esta concepción del socialismo como una doctrina de importación, aplicada a una realidad cuyas determinaciones estructurales eran distintas de las del modo de producción capitalista en cuyo interior aquella germinó, el movimiento socialista encontró su razón de ser, su necesidad inmanente, en la admisión de una manifiesta o latente homogeneidad capitalista del mundo, de una irrefrenable tendencia a la unificación burguesa de toda la humanidad. Si América Latina ocupaba un peldaño aun inferior del proceso, no por ello dejaría ineluctablemente de alcanzar la cima en un futuro previsible. La inmadurez no estaba en una ciencia que demostraba la inevitabilidad histórica del triunfo del proletariado, sino en la propia realidad.. Pero la inmadurez no implicaba diversidad presente y eventualmente futura, sino evolución más o menos rápida hacia una sociedad «moderna». El desarrollo del capitalismo debía provocar una determinación socialista de la clase obrera en un proceso en el que la presencia de los partidos socialistas aseguraba la aceleración de su ritmo en la medida en que facilitaba un aprovechamiento mejor de la experiencia mundial; permitía, en una palabra, un acortamiento de la diferencia en los tiempos históricos. Es difícil encontrar un texto más ilustrativo de esta forma de ver la realidad que el discurso pronunciado por Juan B. Justo en el congreso de fundación del Partido socialista obrero argentino, el 28 de junio de 1896:

«Empezamos treinta años después de los partidos socialistas de Europa—dice

Justo—y por lo mismo que empezamos tarde debemos empezar mejor, aprovechando de toda la experiencia ya acumulada en el movimiento obrero universal. Poco haríamos si nos diéramos el mismo punto de partida que tuvieron las ideas socialistas de Europa. Para ver mejor cómo ha evolucionado el movimiento obrero, lo mejor es comparar el de Inglaterra, Alemania y Bélgica. En la primer empezó como movimiento gremial, y así se conserva siendo esto una de las causas de su estancamiento y de su atraso; en Alemania predominó el carácter político del movimiento, y en esa forma ha adquirido su gran desarrollo; en Bélgica donde empezó después, al carácter gremial y político, se agrega desde un principio el elemento cooperativo, y en esta forma llega a adquirir una importancia relativa mayor que en cualquier otra parte. Debemos buscar nuestro modelo en las formas más re ciertamente adoptadas por el movimiento obrero, y las ideas socialistas, en este país virgen de ideas, tomarán así una importancia principal, si no decisiva. Notemos que insignificante como es nuestro partido, es el único que representa en el país ideas positivas de política y de gobierno. Adoptemos sin titubear todo lo que sea ciencia; y seremos revolucionarios por la verdad que sostenemos y la fuerza que nos da la unión, muy distintos de esos falsos revolucionarios, plaga de los países sudamericanos, que sólo quieren trastornar lo existente, sin ser capaces de poner en su lugar nada mejor.

Subyace en el discurso de Justo la imagen de un movimiento de clase que, apoyado en la experiencia mundial y “guiado por la ciencia”, es capaz de superar sus limitaciones de origen para alcanzar formas más perfectas y fructíferas de acción política. Comenzar tarde puede resultar por esto una virtud antes que una debilidad, pero sólo a condición de que exista una institución de clase, un partido político de la clase, en condiciones de asimilar las experiencias y de transmitir las. Las determinaciones nacionales son, en última instancia, meros resabios de ignorancias heredadas que la acción científica y política del socialismo podrá extirpar, supuesta una maleabilidad inagotable de la clase obrera y de las masas populares. Apoyado en la ciencia, y operando en el mismo sentido que

el fijado por la evolución de los sistemas económicos y sociales, el movimiento socialista «tiende a realizar una libre e inteligente sociedad humana» en el mismo proceso de lucha «en defensa y por la elevación del pueblo trabajador».3 En la visión iluminista de Justo, para que el proceso de agregación organizativa de los trabajadores se constituya en un movimiento histórico con conciencia de clase es necesaria la presencia de una guía teórica, pero esta guía no es concebida como un complejo mecanismo de síntesis de la experiencia de lucha del movimiento obrero que se construye como una teoría crítica revolucionaria de la sociedad nacional, sino simplemente como la adquisición de una cultura general que como tal no es recorrida por determinaciones de clase. Es esta *cultura general* la que permite que en determinados pueblos—Suiza, Alemania, Escandinavia, Francia e Italia—y no en otros—Inglaterra, Estados Unidos—los trabajadores «conscientes» lleven la lucha de clases en que están empeñados «directamente al campo de la política, donde se afirma con toda su amplitud y toda su fuerza la solidaridad de los que trabajan».4

En las condiciones de Argentina (¿y hasta qué punto en las de otros países latinoamericanos?) las posibilidades de adquisición de una cultura moderna, y en cuanto que tal tendencialmente socialista, por parte de los trabajadores, se dilataban, según Justo, por la ausencia de superestructuras ideológicas profundamente arraigadas en las masas populares. La facilidad con que el país había entrado en la vorágine modernizadora auguraba por lo tanto un rápido crecimiento del movimiento socialista. Aunque no suficientemente explicativa esta idea subyace en todo el razonamiento de Justo y emerge algunas veces bajo la forma de hipótesis muy sugerentes, como cuando sostiene, por ejemplo, que «los movimientos religiosos, políticos y filosóficos, que disfrazan u ocultan el fondo del movimiento histórico de otros países y de otras épocas, tienen tan pequeño papel en la historia argentina, que el fundamento económico de ésta es evidente, aunque no hayan tenido teoría alguna del movimiento histórico en general, ni hayan estudiado los acontecimientos según un criterio sistemático. El desarrollo colonial *quand meme* de los países del Plata patentiza el predominio general de la economía en la formación y el crecimiento de la sociedad argentina».5

Esta supuesta relación de «transparencia» entre economía y política, esta privilegiada posibilidad expresiva de la estructura, que no requeriría de velo alguno para mostrarse en la vida social y política de los países del Plata, aparece en Justo como una conclusión de su análisis del proceso histórico de constitución de la sociedad argentina. Aunque en el fondo erróneo, esta conclusión evocaba ciertas características propias que hicieron de Argentina un caso excepcional en la historia latinoamericana de la segunda mitad del siglo pasado. El inusitado progreso argentino, como recuerda Haperin Donghi en un ensayo por muchos motivos memorable, «es la encarnación en el cuerpo de la nación de lo que comenzó por ser un proyecto formulado en los escritos de algunos argentinos cuya única arma era su superior clarividencia».6 No es verdad que la tentativa de trazar un plano del país para luego edificarlo concebida por las elites letradas argentinas lograra un consenso tal que obviara las violentas luchas por las que debió atravesar el país para que, en 1880, el estado emergiera como un todo acabado. Tampoco es cierto que el resultado coincidió en gran medida con los proyectos alentados por un ideal democrático como el de Sarmiento, por ejemplo.7 Pero lo que para nuestro examen interesa reiterar es la fuerte convicción que tenía la elite letrada que participó en la construcción del nuevo país de que sólo en la clarividencia del proyecto residía la garantía de su triunfo. Los obstáculos que se le opusieron fueron atribuidos por ella a causas episódicas, a malos entendidos o a rivalidades personales y de grupo, desprovistas todas por igual de vinculación alguna con problemas políticos más generales derivados del contexto ideológico e internacional en que operaba el proceso.

De un modo u otro Justo participaba de esa ideología tan fuertemente consolidada en las clases dirigentes y concebía a la acción socialista como la única fuerza capaz de realizar la república verdadera. Es innegable que toda su prédica mantiene estrechos lazos de continuidad con la solución propugnada por Sarmiento de una dilatación del control de la sociedad sobre el estado a través de una democratización del sistema representativo. La campaña periodística llevada a cabo por el genio sarmientino en sus últimos años de vida en pro de la naturalización en masa de los residentes extranjeros, será recuperada y convertida en una de las propuestas programáticas

esenciales del Partido socialista. Por lo que no resultaría un despropósito ubicar a Justo en ese punto de flexión en el que el ideal democrático se transforma en socialista el incorporar como elemento decisivo de la regeneración social a las masas trabajadoras en su conjunto, es decir, al conjunto de desheredados que tanto temores despertó en las elites letradas argentinas desde la crisis del liberalismo que sucede a la revolución europea de 1848.

En el caso de Justo esa concepción de la transparencia de las relaciones entre economía y política sobre la que funda su razonamiento, al incorporar como un elemento decisivo la presencia de una nueva clase social, la clase obrera, modifica radicalmente los términos sobre los que se había constituido la hipótesis liberal. La posibilidad de transformar a la república posible en una república verdadera ya no dependía exclusivamente de la clarividencia de un proyecto, ni como quería Sarmiento de la nacionalización de aquellos extranjeros a los que la extrema movilidad social había convertido en propietarios sin voz política. No era entre éstos donde habla que buscar los soportes sociales de una propuesta de democratización radical de la sociedad. La democracia podía ser conquistada si la nueva clase de los trabajadores, en su enorme mayoría extranjeros, intervenía organizadamente en la vida nacional a través de una institución de nuevo tipo, de un partido político moderno como se proponía llegar a ser el Partido socialista. No era ya una minoría ilustrada capaz de imponerse sobre el desorden de las masas lo que requería el país para modernizar su sistema política. Ahora se trataba de algo distinto porque el propio desarrollo capitalista operaba en el sentido de transformador del tejido social preexistente. Como indicaba Justo en el editorial del primer número de *La Vanguardia*, el 7 de abril de 1894, el país se había transformado; las grandes creaciones del capital se habían enseñoreado de modo tal de la vida nacional que los caracteres de toda sociedad capitalista «se han producido en la sociedad argentina». «Se ha formado así un proletariado nuevo que si no está todo él instruido de las verdades que le conviene conocer, las comprenderá pronto.»⁹ La situación singular de una considerable masa humana compuesta en su gran mayoría por inmigrantes y sometida a un acelerado proceso de incorporación al sistema productivo estaba mostrando la emergencia del nuevo sustrato social con base en el cual la transformación de la sociedad se tornaba un objetivo posible. Y el destino de la república verdadera se jugaba sólo allí.

En una Argentina dividida entre un país político en decadencia y un país económico en vertiginosa expansión, el socialismo aparece ante Justo como un formidable instrumento cultural y político para unificar como clase a esa ingente fuerza de trabajo a la que el capitalismo homogeneizaba en un acelerado proceso de recomposición social. Pero esa unidad sólo podía ser lograda en forma cabal si la clase obrera era integrada a un sistema político obligado inexorablemente a renovarse por los mismos efectos de dicha integración. La oposición histórica entre nativos e inmigrantes acaba por disolverse en virtud de una hipótesis estratégica de nacionalización de las masas populares basada en la incorporación de los extranjeros—pero no sólo de ellos—a la vida política nacional y en la creación de las instituciones propias de las clases trabajadoras, capaces de imponer, por la fuerza que les daba su unidad y su experiencia, una democratización profunda de la sociedad argentina. De esta manera, el socialismo dejaba de ser para Justo una doctrina extraña al país—aunque como tal hubiera sido elaborado en otras realidades—para transformarse en la expresión ideológica, organizativa y política de una voluntad de regeneración social convertida a la vez, por las circunstancias en las que debía actuar, en el elemento esencial de la nación proyectada. Hundiendo sus raíces en el pasado histórico nacional, estableciendo con él una relación de continuidad y de discontinuidad, el socialismo se presenta ante el país como la única fuerza política en condiciones de transformar la estructura social argentina y de imponer un estado moderno democrático, laico y «revolucionario», en el sentido que él otorgaba a estas designaciones, vale decir, las de un estado que disipa «la amenaza de una catastrófica revolución social» y la reemplaza «con la perspectiva de una sabia progresiva evolución.»¹⁰

Entre historia y política se establece así una estrecha relación de continuidad; la guerra de independencia con que se inició el irreversible proceso de constitución del estado y de la nación argentina encuentra en el movimiento socialista la fuerza sintetizadora de una experiencia que

presupone ya el socialismo en la medida en que se inserta en una evolución histórico mundial que compromete a todos los países civilizados. La tradición democrática argentina, que pretendía conjugar ciertas vertientes del pensamiento social supone, con la propuesta de organización de una nación moderna, encontraba su expresión ideal y práctica, el movimiento capaz de llevarla su máxima realización, en el primer partido político argentino merecedor del nombre de tal, puesto que estaba animado de un verdadero y «científico» proyecto de la construcción de una sociedad avanzada. En su propia condición de «socialista» residía la verdadera impronta «nacional» de la nueva institución política creada por los trabajadores argentinos. Lo cual torna comprensible la total ausencia en el pensamiento de Justo del reconocimiento del carácter problemático de la relación entre realización nacional e hipótesis socialista. Al transformar al segundo de los términos en la plena consumación del primero, Justo hace emerger la necesidad de una resolución socialista de las propias raíces de la historia nacional, aunque a costa, como veremos, del carácter profundamente disruptivo y por tanto *discontinuo* de la revolución socialista.

Notas

1-Nada ha más estéril para la indagación crítica de los elementos fundantes de una identidad propia de América Latina—más allá de las diferencias y semejanzas de sus terrenos nacionales constitutivos—que la idea de un continente colocado fuera de la historia universal, metáfora con que hemos aceptado designar la historia de Occidente, o dicho de manera más desenfadada la historia de la expansión burguesa. La "utopía de América" no es, en realidad, sino una proyección mítica de la conciencia culposa de Occidente. Producto de esa civilización que nos constituyó como realidad social y cultural, no somos sino sus hijos putativos a veces exaltados y muchas otras condenados. Ni excepción ni perversión, no hay salvación para nosotros, en el caso de que ella siga siendo posible, "sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales", como reconocía Mariátegui. La crisis de la racionalidad occidental es también nuestra crisis, y sólo desde el interior de ella y de todo lo que libera es posible pensar un mundo nuevo y los caminos propios que todo pueblo debe recorrer para construir su identidad en ese universal colectivo que es el mundo de los hombres.

2- *Discurso de fundación* (del 28 de junio de 1896) en *Obras*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1947, pp 3~31.

3-*El socialismo* (conferencia pronunciada el 17 de agosto de 1902), en *Obras*, cit., t. VI, p. 176.

4- *Ibid*, p. 186.

5-*La teoría científica de la historia y la política argentina* (1898), en *Obras*, cit., t. VI, p. 158.

6-Tulio Halperin Donghi, "Una nación para el desierto argentino", prólogo a *Proyecto y construcción de una nación* (Argentina 1846-1880), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, p. xii.

7-*Ibid*, p.c. Halperin analiza en agudeza crítica y riqueza de información la cisura que se fue abriendo entre los proyectos tanto de Alberdi como de Sarmiento, entre otros, y el proceso de construcción del estado argentino. Si la República parecía haber encontrado en 1880 el camino señalado por Alberdi, el estado a que dio lugar no resultó ser «el instrumento pasivo de una elite política». La excesiva gravitación alcanzada por «ese servidor prematuramente emancipado y difícilmente controlable» suscitaba fuertes dudas sobre la probable evolución futura del país hacia una república verdadera. Sarmiento pretendió modificar la realidad de un sistema representativo falseado en su funcionamiento concreto mediante la naturalización en masa de los extranjeros. Pero su propuesta no tuvo resonancia alguna en la sociedad, y esto por la sencilla razón de que las clases propietarias argentinas, que detentaban los derechos electorales, no estaban en modo alguno interesadas en extenderlos a otros sectores sociales y en hacerlos respetar. Cuando por motivos muy poderosos dicha actitud debió modificarse en sectores decisivos de estas clases, la reforma electoral pudo abrirse paso. Como advierte Halperin, «más que un proyecto realizable, el de Sarmiento es una nueva manifestación de la curiosa lealtad al ideal democrático que mantiene a través de una larga carrera política en que su papel más

frecuente fue el de defensor del orden, y aun en momentos en que su preocupación inmediata es—como en esta última etapa de ella—limitar la influencia de los desheredados». Aunque distinta de como la soñó la generación del 37, la Argentina de 1880 es, a su modo, una nación moderna. Pero ha dejado aún sin respuesta «una de las preguntas centrales de la etapa que va a abrirse: si es de veras posible la república verdadera, la que debe ser capaz de ofrecer a la vez libertad e igualdad, y ponerlas en la base de una fórmula política eficaz y duradera» (op. cit, p. ci). El proyecto de Justo pretendió dar una respuesta democrática y radical a este interrogante. Haciendo del proletariado el núcleo en torno al cual era posible construir un nuevo bloque social, Justo esboza un proyecto que no apunta simplemente al saneamiento de una

organización política defectuosa sino a una transformación de toda la sociedad. Ahí reside su mérito indiscutible, aquello que lo vincula a la tradición liberal, pero también lo nuevo que lo impulsa a negarla y sobrepasarla.

8-Ibid., p. xii. Sólo a partir de los años treinta, y en el nuevo marco político y cultural abierto por la revolución de septiembre, se constituye una corriente historiográfica que defiende la existencia de una alternativa a ese proyecto nacional; alternativa que, aunque derrotada en el pasado, emerge de la crisis del estado liberal como la única tradición en la que podría fundarse una ideología y una práctica política privilegiadora de la soberanía nacional. El hecho de que el «revisiónismo histórico» no haya logrado, ni mucho menos, una reconstrucción historiográficamente aceptable del pasado argentino, no debería hacernos olvidar, como subraya Halperín, «que sólo gracias a él se alcanzaron a percibir ciertos aspectos básicos de esta etapa de la historia argentino». La historia revisionista nunca pudo ser otra cosa que el reverso de la historia liberal, pero precisamente por esa circunstancia ayudó a percibir hasta qué punto el proyecto liberal «se daba en su contexto ideológico marcado por la crisis del liberalismo que sigue a 1848 y en uno internacional caracterizado por una expansión del centro capitalista hacia la periferia que los definidores de ese proyecto se proponían a la vez acelerar y utilizar» (op. cit., p. xiii). La quiebra del estado liberal y la restauración conservadora iniciada en el treinta tenía la virtud de mostrar las miserias de las clases propietarias argentinas vinculadas por lazos económicos, ideológicos y políticos de subordinación al capitalismo extranjero y en particular a Inglaterra. Sin embargo, la condena de esas clases (definidas curiosamente por los revisionistas no en términos de grupos de intereses o de capa social, sino de una elite unificada por una mentalidad extranjerizante, esto es, de una «oligarquía») se alimentaba de una tradición cultural tan fuertemente tributaria de la derecha antijacobina francesa que concluía por negar cuanto de democrático podía haber en la tradición liberal. No es por ello casual que esta corriente se fuera constituyendo en torno a la crítica del gobierno radical de Irigoyen no por sus insuficiencias reales, sino por sus aspectos democráticos, por su condición de «plebeyo». La quiebra del estado liberal era la consecuencia lógica de un régimen político que al colocar el poder de decisión en manos de las masas populares conducía a desjerarquizar la función pública y a negar el papel de dirección que por naturaleza correspondía a ciertas elites. El antiideologismo revisionista encubre, en realidad, una actitud abiertamente hostil contra una ideología determinada: la ideología democrática heredada de la Revolución francesa, cuyos principios, según Ernesto Palacio, «implican la negación de todas las condiciones de la convivencia social» (*La historia falsificada*, Buenos Aires, 1960, p. 24). Es, como advierte agudamente Halperín, «un antiintelectualismo propio de intelectuales, que si creen que una ideología tiene por si sola fuerza suficiente para deshacer todo un orden secular, es porque creen implícitamente que las ideas gobiernan la historia. (Tulio Halperín Donghi, *el revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970, pp.17-18).

Colocado en una perspectiva ideológica y política pretendidamente nacionalista—aunque de hecho usufructuaría del pensamiento de Maurras y de la derecha francesa—el revisionismo histórico fue un violento contradictor de aquellas interpretaciones que, como la de Justo, intentaban explicar los conflictos dominantes

en la Argentina posrevolucionaria en términos de lucha de clases. Y aunque ese revisionismo de corte «nacionalista-oligárquico» de los años treinta sufrió profundas modificaciones a partir de la presencia del peronismo sus fundamentos historiográficos permanecieron incólumes. El conflicto social es, en el fondo, considerado como un hecho negativo que sólo tiene vigencia por la presencia de una contradicción básica de ideales de vida y de cultura entre una «mentalidad nacional» y una mentalidad «de clase». Siendo la mentalidad de «clase» patrimonio exclusivo de la burguesía, puesto que el proletariado y más en general las masas populares se caracterizarían por una mentalidad nacional (cf. José María Rosa, *Historia del revisionismo*, Buenos Aires, Editorial Merlin, 1968, pp. 10-11). De tal modo, conciencia «de clase» tienen, según Rosa, los de arriba, mientras que conciencia «nacional» tienen los de abajo. Las caracterizaciones sociales, aún en aquellos autores que utilizan categorías marxistas, tienden a ser elaboradas «a partir del examen del conflicto político antes que de un estudio de las funciones de los distintos

grupos sociales dentro del sistema económico» (Halperín, *El revisionismo histórico*, cit., p. 64). En última instancia, la historia es reducida a mera historia ética política porque los conflictos económicos y sociales y los bloques sociales que a partir de estos pudieron constituirse apenas alcanzan a ser una masa informe de datos y de argumentos reapropiados más o menos caprichosamente en función de un debate que sigue siendo esencialmente político. El resultado es una historia fuertemente especulativa, maniqueísta y fetichizada, en la que predomina el sentimiento nostálgico de un pasado donde lo que se desea existió y no pudo triunfar o

manifestarse abiertamente por la intervención de fuerzas «antinacionales» y la derrota de sus «caudillos» históricos.

9- Juan B. Justo, «Primer editorial de *La Vanguardia*», en *Obras*, cit., t. VI, p. 22.

10-*El socialismo*, en *Obras*, cit., t. VI, p. 204.

José Aricó, «El socialismo de Juan B. Justo», Espacios de crítica y producción, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, n° 3, dic.1985, pp 51-58